

*Juan Antonio López Benedí*

[www.juanantoniolopezbenedi.com](http://www.juanantoniolopezbenedi.com)

Consultas presenciales y por Video-Chat

Móvil: (+34) 607.490.653

Madrid, España

## TORO BRAVO

Contra dos luces, al alba, surge una escasa neblina entre los matorrales. Sombras oscuras sobre el rojo, al fondo, confundidas, huyen. El blanco del aliento mueve la escarcha con cálida constancia. El frío cala entre los huesos y el silencio espera la presencia de un poder que se intuye. Mientras duermen aún los señoritos en su hacienda, el campo tiembla y muestra su rigor. La hojarasca se estremece y cruje, en azarosa cadencia, humedecida. Las encinas retan al cielo con sus brazos. Hojas como dientes se combinan en verde, gris y pardo. Se rasga el aire con un grito de ave sorprendida. El suelo retumba bajo el peso bravo. El perfil de un asta avanza despreocupado. Le sigue su hermano y la testuz que otea el horizonte. Calma el viento de la aurora. Una estampa de valor se impone. Su pelo negro, su brillo y su vigor, de formas rigurosas, abren la puerta de la luz, que ya se despereza.

Yo había salido temprano para buscarme en el amanecer. La senda me enseñaba el camino del horizonte. Conseguí dejar atrás las primeras rebeldías de mi piel erizada; un capote viejo me ayudó. Envuelto en aquel abrigo, de propósitos y retos, fui perdiendo la noción del tiempo y el lugar que transitaba. Frente a los primeros tintes orientales, cuando ya creía ser tan sólo pensamiento, algo me detuvo. Aquel silencio, aquella mansedumbre de mi soledad, comenzó a perderse. Como un animal que intuye el peligro, recordaron mis genes el impulso del instinto. Entre los matorrales, una presencia se insinuaba invisible, como el tiempo. Fue en ese momento, con la estampa intachable recortándose entre la aurora y yo, cuando tomé conciencia de mi realidad.

El camino era el lazo y el templo que nos unía, enfrentándonos de forma sagrada. Las miradas se erguían serenas, a pesar del latido intenso. Aquella noche contundente que descendía hacia mis pasos, aquel poderío labrado en piel brillante, me acercó de súbito al pulso de la vida. Quedó parado; detenido frente a mí veinte metros por delante. Yo mantuve el ritmo lento de mis pasos. Una oleada de calor me llenó por dentro y el frío huyó dejándome solo. Cien imágenes vinieron a arrebatarme fantasía con arranques de furia desatada. Lo había visto en el ruedo, imparable, derrochando poder entre capotazos, como en otro mundo de colores vivos. Su tronío se hacía dueño del coso cuando no encontraba un diestro de su altura. E incluso, en ocasiones, ante el vuelo de un maestro, en un descuido, había abierto surcos de dolor. No perdonaba en su agonía cuando la sangre saltaba entre clarines. Su juego aceptaba el envite de la muerte. ¿Y quién era yo para colarme de rondón en su morada? Su pregunta me cortó el aliento.

Una mirada serena, profunda, negra como la noche, me tanteaba. Aquellos cuernos sonrosados, con pinceladas del alba, agudos, largos y oscuros en su punta; aquella planta travesera y su volumen imponente, las patas firmes perdiéndose entre el suelo en sombras, me impactaron hasta el punto de dudar de su existencia. Mi mente quería apaciguar su miedo simulando confundirse entre las nieblas del sueño. Tragué saliva y varias veces resoplé. La garganta insistía en sus rigideces, a pesar de mis esfuerzos por mantener la situación en calma. Los saltos del corazón me retumbaban por todo el cuerpo. Allí seguía, impassible, y yo también me detuve, para respirar profundo. Inmóviles, en un pulso de preguntas sin voz, nos transformamos en golpes de gong silentes. Venus brillaba sobre el telón de fondo.

La magia de un instante eterno me subyugó hasta las fuentes recónditas de mis arquetipos y me vi como uno de aquellos hombres de Chatal Huyuk, siete mil años antes de Cristo, desamparado ante la presencia terrible de un dios, capaz de decidir sobre la vida y la muerte. En esos momentos, cuando el guardián del umbral sopesaba mis méritos para abogar en mi favor o en mi contra, también el triple rostro de la diosa tomó forma ante mí. Por un lado su ingenuidad de virgen bella me atraía irresistiblemente. Por otro, su abundancia y riqueza contrastaban con mi escasez de recursos. Y el impredecible filo de su guadaña, la mueca gorgónea de la muerte, me horrorizaba. Las tres sonreían sobre el betún del toro. Dos nubes blanquecinas se asomaban por su morro y el silencio temblaba con la pasión del mar. Nunca podré saber el tiempo que transcurrió; ningún reloj puede medirlo.

La garganta me picaba, pero no me atreví a toser. Tragué más y más, muy lentamente. Sudaba. Mis músculos se tensaban dispuestos a saltar con la primera señal de mi oponente. De reojo examiné el terreno más propicio. Y de nuevo los sueños me llevaron a los acróbatas cretenses. Un colapso nervioso me invadió, sólo con pensar en saltar sobre aquella testa y aquel cuerpo. Los danzarines reían, entre sus juegos, burlándose de mi estupor. Pero nada cambiaba fuera, a pesar de los lances de mis fantasmas. Ambos seguíamos en pie, como estatuas de carne embalsamada.

Se aproximaba con timidez el aroma del rocío. La humedad me envolvía insinuante con perfume de tomillo y mejorana. Detrás, escoltado por la brisa de hierbas y matojos, también estaba su olor. Cada vez más intensa, embriagaba mi olfato su fragancia de res. Era más que resonancia de establo. Había un soplo impreso de deseo, que excitaba mis sentidos entre el placer y el dolor. Nuevamente la diosa concurría con su abrazo de escarcha. Su mirada hueca y sus manos vírgenes manaban en sonrisas de un cuerpo seductor. Me llamaba en silencio, por mi nombre, templando su voz con las alondras.

Avancé de nuevo, muy despacio. Mis piernas se movían solas hacia el foco sombrío de pulsión vital. Quedé hipnotizado por la bravura del porte. Resonaban consignas de fiebre enloquecida, tras los lentos mutismos del aire sosegado. Mi sangre aporreaba el gong del momento crucial y el trance inevitable concurría sereno. Los ojos del toro miraban complacidos en su empaque. Faltaban cinco metros para topar de frente. Sus cuernos brillaban con pasión de luna. La hierba cedió bajo mis pies y su aliento casi llegó a tocarlos. Al siguiente paso movió también sus patas. Haciendo gala de su nobleza, se deslizó tranquilo. Se apartó complaciente por la izquierda, llevándose con él un manto de agonía, que estaba prendado de mi pecho. Algo aprendí en esa ocasión. Algo caló muy dentro, en la urdimbre de mis más íntimos recuerdos. Reconocí el tesoro que aquel día me brindaba, como el diestro a la presidencia al iniciar su faena: la inefable sobriedad del toro bravo.